

¡¡CARLISTAS, ALERTA!!

¡CARLISTAS, SEGUID SIEMPRE A
VUESTRO AUGUSTO CAUDILLO!

¡DIOS, FUEROS, PATRIA Y REY!

Carlitas: Una vez más el judaísmo y la masonería quieren apoderarse de nuestra patria para que, gracias a su situación geográfica y con un régimen político sometido a la logia y a la sinagoga, sea España el foco y centro del sionismo, hoy derrotado en cuantos pueblos conscientes del peligro judío que amenaza al mundo han desenmascarado sus siniestros planes y acabado con aquellos sistemas malditos que con el nombre de liberales, demócratas y parlamentario serán el instrumento judío-masónico para arrancar la fe de los pueblos, promover la lucha de clases, suprimir el principio de autoridad, embaucar las muchedumbres con una igualdad política primero y con la de una igualdad económica más tarde, hasta llevar las naciones a las anarquías demagógicas y dominarlas después con tiranías estatales y centralistas, gobernadas por déspotas que, a su vez, sólo

son lacayos miserables del judaísmo y la masonería. Y no creáis, Carlistas, que es de ahora el empeño de la sinagoga y la logia para subrayarla.

El vil judío, que condenó y mató a Cristo, tiene jurado condenar y matar España, porque España es y será el último baluarte de la Iglesia Católica.

Y comenzó su obra convirtiendo la Monarquía templada y católica, que es lo nacional, en absolutista y liberal. Y de la inquisición, tribunal guardador de la Santa Sede, hizo así algo como Ley de Defensa de la República, o sea un organismo que sellara los labios y oídos, para que nadie oyera los desafueros del Poder y nadie los criticase.

Y así, de un tribunal religioso y popular, hizo una institución política y odiosa.

Como fué la masonería quien introdujo el espíritu de la Enciclopedia, de quienes salieron años andando los miserables afrancesados que daban la victoria en unas Cortes liberales a lo que los verdaderos españoles habían vencido en los campos de batalla.

Porque Napoleón, no fué tanto un soldado venturoso, un ladrón de coronas y un bandido coronado, cuanto que el hijo y el heraldo de la revolución.

A partir de las Cortes de Cádiz, toda nuestra historia no es más que un episodio de la guerra daclarada por las logias, pantalla y careta del judaísmo, a la gloriosa tradición española.

Y si no triunfó lo recto por completo, es porque en su carrera se vió atajada y detenida, por nuestra gloriosa comunión monárquica-tradicionalista y los gloriosos voluntarios Carlistas que en dos guerras gloriosísimas, a cambio de perjuicios materiales conservaron a España algo de su patrimonio espiritual, y a las Provincias vasco-navarras algo de su autonomía económica, roto, deshecho y absorbido en el resto de España, por el Estado liberal, centralista, parlamentario y demócrata, que no tenía en ellas el alzamiento de partidas. Y ahora trata de repetir la suerte creyendo que después de medio siglo de revolución mansa y de catolicismo mestizo, el proletariado español estará

lo suficientemente materializado a fuerza de predicar disolventes salidas desde la cátedra, la tribuna y la Prensa; y el clero, la nobleza, el Ejército y la clase media, lo bastante apocado y debilitado a fuerza de catolicismo liberal, mal menor, política de hipótesis y moral de tragaderas anchas, para que la Nación española vista sin protesta el último figurín revolucionario, o sea, el marxismo, socialista o comunista, ateo, antipatriota, centralista, estatista y enemigo del capital ajeno, pero gran captador de enchufes y sinecuras individuales.

Y después de dos años de prueba, donde han vuelto a repetirse los incendios de conventos y templos; donde se ha entrado a saco por los bienes de la Iglesia, la nobleza y los particulares; donde para atraerse a Cataluña, se le ha dado un Estatuto, negación de sus tradiciones y su historia, pero calco fiel del sectarismo, centralismo y enchufismo que empieza en Madrid; después de fomentar el Nacionalismo izquierdista Vasco, ofreciendo a cambio de la apostasía en la fe de Cristo y en las leyes viejas regalar barcos y caseríos y dar un Estatuto tan exótico de nombre como de contenido; después de arrancar y profanar cruces de escuelas y cementerios; después de condenar a hambre forzosa a los ministros del Señor; después de apoderarse de los derechos del padre y tratar de hacer con la escuela sin Dios, de esta España católica, filón inagotable de Santos y sabios, una tribu de salvajes, asesinos y bandoleros, que eso seremos sin religión, o un rebaño de esclavos, sometidos a la tralla roja; después de prostituir y deshacer la familia con la anticatólica, antisocial y antifamiliar Ley del divorcio; después de crear los guardias de Asalto, para que, vergajo en mano, pongan orden en la jauría humana, como un podenquero lo pone en las jaurías de perros; después de destruir el Ejército, arruinar la agricultura, acabar con el comercio, mediatizar la Justicia y la enseñanza; después de aumentar la burocracia hasta lo infinito; después de llenar las cárceles y destierros con personas decentes y ciudadanos honrados y volcar en las calles todos los taúres, asesinos, pistoleros e incendiarios; después de ofrecer al proletario la hartura de pan y trabajo y darle ham-

bre, miseria y paro forzoso; después de ofrecer al campesino tierras que, según le predicaban, detentaban los propietarios ladrones y que van a ir a parar al ladrón único y propietario universal: el Estado.

Carlistas: cuando después, finalmente, de dos años en que ha estallado la bancarrota de todos los derechos individuales, familiares, nacionales, regionales, naturales, políticos, económicos y sociales, todos los ultrajados, todos los engañados, todos los que tienen algo con qué vivir o aspiran a vivir con algo, conservado o ganado honradamente, decorosamente, dignamente, o sea para concluir cristianamente, miran a la Comunión Tradicionalista como la única arca donde salvar los principios que hicieron grande a España del diluvio de la impiedad, anarquía y de despotismo que nos amenaza, con mayor violencia cada día. Y es en este momento crítico cuando un grupo de carlistas que *modestamente* se llaman únicos y verdaderos carlistas, trata de introducir la confusión y la rebeldía en nuestras filas.

Y es hora de contestar y ponerse a tono con los que tergiversando hechos, alentando malas pasiones, inventando dichos y hechos, y sacando a la plaza pública un Carlismo salido de su propia mollera tratan de formarse un Partido embaucando nuestras masas y elevando y adulando personajes que por su incapacidad o por su insignificancia, sólo en épocas de confusionismo y rebeldía pueden salir de su mediocridad cuando no de su nulidad.

Nos referimos al «Cruzado Español» y a sus secuaces propagandistas.

Y decimos que jamás han sido verdaderos Carlistas los que llamándose a diario antiliberales se sublevan contra las autoridades, incluso la más alta, si no hacen, dicen y piensan lo que a ellos les viene en gana.

Y no son Carlistas, sino fariseos y embaucadores, los que no cayéndoseles de la pluma o de los labios el santo nombre de Dios, en vez de predicar y practicar el perdón de los enemigos, fomentan y recuerdan odios pasados para dificultar uniones y

aproximaciones. Ya lo dijo Aparisi y Guijarro: «Con verdad y caridad, amando y *no humillando*, podemos ilustrar entendimientos y ganar corazones; podemos formar el gran ejército de los que oyen misa. Cuando esté formado... Dios bajará».

Y no son Carlistas los que ante una Monarquía caída no pierden ocasión para vejar e insultar al caído. Sin que esa hidalguía con el caído suponga adhesión ni simpatía a los principios que representara frente a los que estuvimos antes y ahora.

El verdadero Carlista, a imitación de nuestro gran Carlos VII y nuestros antiguos, combaten al enemigo poderoso, pero le dan custodia y consuelo cuando le ven en el ostracismo, como sucedió con Isabel II.

Y no son Carlistas los que quieren a fuerza de falsas insinuaciones y removiendo malas pasiones romper la fusión de las ramas tradicionalistas, olvidando que si los integristas rompieron la unidad contra Carlos VII y Jaime I, han vuelto al hogar Carlista con una nobleza y una lealtad que no han sabido estimar los de «El Cruzado». Son ellos los desleales al sublevarse contra Alfonso Carlos y en los momentos que el comunismo amenaza con acabar con la civilización cristiana.

Y no son Carlistas los que difaman a diario la Junta Suprema presentándola como enemiga de la Causa, habiendo en ella un Conde Rodezno, modelo de lealtad, consecuencia y abnegación, publicista ilustre de nuestra historia.

Un Oriol, hijo y nieto de voluntarios carlistas, que al ver la religión en peligro, abandona sus quehaceres y con sus iniciativas y su ayuda económica, secundado por carlistas verdaderos, que sólo son los trabajadores y disciplinados, monta el Secretariado, entrega a la Comunión un diario en Alava, contribuye más que nadie a la activa y fecunda propaganda y consigue, finalmente, un triunfo electoral en Alava, como jamás pudo soñar nuestra Comunión.

Un Lamamié de Clairac, que desde el Congreso, desde el mitin, desde la escuela, ha trabajado y hecho en dos años más prosélitos para la Causa que todos los de «El Cruzado» y

sus seguidores juntos. Lamamié, que es, además, hijo de voluntario.

Un Esteban Bilbao, gloria preclara de nuestra Comunión, sin otro delito que la enemiga personal del conde de Arana, antiguo rebelde, expulsado del partido por don Carlos, que acabó con el Partido en su provincia, o haber aceptado un puesto en el Directorio sin ocultar su filiación que proclamó siempre con toda lealtad.

Como si el señor Cora y Lira, alma de «El Cruzado» y de los disidentes, hubiera recusado un Juzgado de Madrid de nombramiento político y firmado por D. Alfonso.

Un Pradera, a quien en Durango trataron de increpar algunos «rematistas» cuyas débiles voces fueron ahogadas por la ovación delirante con que los verdaderos Carlistas acogían la vuelta a la Casa solariaga de uno de los mayores prestigios de la Tradición española.

Un Senante, que mil veces quiso hacer la fusión y que juntamente con D. Juan Olazabal nos han traído, no sólo el prestigio de sus personas, el de Lamamié, el de Estévez el de Solana y el de tantos y tantos otros, sino además, un diario en Madrid, otro en San Sebastián, otro en Pamplona, otro en Jaén, una serie de círculos y juventudes y, por añadidura, un Fal Conde, ilustre jefe regional de Andalucía, como no hemos tenido otro ni antes ni ahora, por su actividad y dotes de organización y por su entusiasmo y lealtad por la Causa de la Religión, de la Patria y de la Monarquía tradicional.

No son Carlistas los que, a sabiendas, o con ligerezas indisculpables, hablan a sus lectores de jefes nuestros alfonsinos para encontrarse desmentidos al día siguiente.

Y no son Carlistas ni tienen solvencia política los que, como «El Cruzado», considerándose órgano oficial del Partido, comete la bellaquería de publicar aquella fingida expulsión del Carlista tan consecuente y entusiasta como el ilustre jefe regional de Jaén, don Fernando Contreras.

Y nada digamos de la indelicadeza y falta de caballerosidad que significa la publicación de una carta PRIVADA, que si fue-

ran Carlistas los del «Cruzado» hubieran sido los primeros en no admitirla, en afejar tal conducta y no los encargados de propararla con irrespetuosos comentarios.

No son Carlistas, ni tienen solvencia política quienes engañan a las masas con el príncipe D. Renato para luego decirles que no habían pensado en él, cuando sabe perfectamente «El Cruzado» que una comisión de amigos suyos fué a visitarlo a París y los mandó al cuerno, como harán todos los príncipes dignos a quienes propongan una usurpación de derechos de sus propios hermanos, primos y tíos.

No son Carlistas, los que por envidia y viejos rencores ponen dificultades para que se admitan o pidan se les niegue puestos de confianza a los que vienen de otro campo. Por esa misma teoría no tendríamos el resurgir de Avila, gracias al conde de los Acevedos.

Y mientras no se demuestre lo contrario, hay que creer que el alfonsino que viene a nuestro campo es tan leal y tradicionalista como los que estamos en él de toda la vida. Y con mayor mérito, ya que reconocen una Dinastía que, de seguir la teoría de «El Cruzado», sólo debieran odiar.

No son Carlistas, y además creen que son sus lectores idiotas, los que desde «El Cruzado» dicen un día y otro que la Junta Suprema y «El Siglo Futuro» y «La Constancia» y no pocos jefes regionales llevan la Causa a la ruina y son agentes alfonsinos, porque lo cierto es que jamás estuvo nuestra Causa en un apogeo como el actual.

No es buen Carlista quien engaña a sus lectores poniendo en primera página un artículo dedicado a la muerte de Nocedal, copiado de «El Siglo Futuro», y no publica el dedicado a nuestro llerado D. Carlos, modelo de adhesión carlista-jaimista y, por tanto, de rectificación a pasadas y olvidadas actitudes.

No es buen Carlista quien se presenta como víctima de las autoridades, sabiendo que ni Barrio y Mier, ni Cerralvo, ni Filíu, ni Larramendi hubieran aguantado ni tolerado la actitud de «El Cruzado» y sus secuaces con la paciencia con que lo han aguantado la Junta suprema y jefes regionales.

Ni son Carlistas, los que sin respeto al Caudillo y faltando a la verdad, lo pintan como un anciano débil y mediatizado a quien no llegan los clamores del famoso grupo.

Y si los que lo dicen y escriben son un señor Izaga, honrado con autógrafos de D. Alfonso Carlos o con un señor Cora Liza, que publica una carta con notas a su capricho y abusando de su imaginación hasta el punto de cambiar la frase del «famoso pacto» por «famoso Jaime», haciendo creer que nuestro Augusto Caudillo, tan amante y respetuoso con su sobrino, podría ser tan irrespetuoso como ellos lo son. Detenemos la pluma para no dar el calificativo merecido.

Y no son Carlistas los que insinúan que no existió el famoso pacto, cuando este LES FUE LEÍDO por el R. en aquella audiencia con que se dignó honrarles.

Y es intolerable que se diga desde «El Cruzado» y malévolamente se insinúe que nuestro Caudillo se alejó de los principios tradicionalistas, cuando les consta que gracias a Él no ha sido un hecho lo convenido en un poder de acuerdo con el Dr. Comas, dado por don Jaime y en el famoso pacto consecuencia de aquello y que de haber sido aceptado por nuestro Ilustre Caudillo, hubiera sido la muerte de nuestra Comunión.

Y no son Carlistas los que quieren convertir una Monarquía hereditaria en electiva, sin otro fundamento que viejos rencores o despechos personales.

Es inútil querer seguir engañando a nuestras masas. El derecho a suceder, gústeles o no, es de D. Alfonso y su rama, siempre que reconozcan a D. Alfonso Carlos en vida y juren nuestros principios.

Y si D. Alfonso, por sus antiguos juramentos, por su proclama de despedida donde reconocía como origen del poder la soberanía nacional o por la impopularidad que justa e injustamente le rodea renuncia, a su hijo D. Juan corresponden los derechos, ya que sus dos hermanos por imposibilidad física no pueden ostentar el poder en una Monarquía responsable. Y esto es tan cierto que en junta convocada por don Ignacio María Plazaola, que no será sospechoso a «El Cruzado», y con la asistencia

de los señores Comas, Gastañaga, y otros tantos de sus amigos y por acuerdo unánime de todos los asistentes, salvo el señor Redondo, se convino nombrar una comisión que diera los primeros pasos de aproximación alfonsino-carlista.

Y como nombrada la comisión uno se excusara por quehaceres y otro por falta de medios, el Dr. Comas se ofreció como espontáneo.

Y en el poder dado por D. Jaime, como hemos dicho, se dice al poderdante que se vaya a una solución JUANISTA, de acuerdo con conversaciones tenidas por D. Jaime, el apoderado y el Dr. Comas. Huelgan, pues, las campañas actuales.

Y las protestas, rebeliones, deslealtades actuales debieran guardarse para aquel poder y aquel pacto, no por llamar la línea alfonsina, sino POR HACER CASO OMISO LO MISMO EN EL PODER QUE EN EL FAMOSO PACTO de la legitimidad del ejercicio que subsanó nuestro Caudillo poniendo las cosas en su punto.

Ahora bien; como el tiempo pasa y la rama llamada a suceder mientras no cumpla esas condiciones es y será doblemente ilegítima, nuestras Autoridades estudian con el mayor detenimiento, puestos los ojos en Dios y en la Patria, la solución más justa y conveniente, sin necesidad por ahora de convocar ninguna asamblea en que cada uno lleve en el bolsillo su príncipe digno. Y sobran las campañas de «El Cruzado» para que estén prevenidos en este caso, sin que sea preciso tampoco contar con la opinión del Dr. Comas y quienes con él intervinieron en el famoso poder y pacto y no han sabido siquiera guardar el debido respeto al R.

Los verdaderos Carlistas, ante una obsesión u obcecación contrarias a los principios o al R., hacen como el ilustre general Díez de la Cortina; callarse o retirarse a su casa, guardando como buen Carlista una consecuente lealtad y la del debido respeto al Augusto Caudillo.

Sólo los rebeldes, los infatuados y los despechados su sublevan o inventan teorías tan peregrinas como el famoso «Cruzado».

¡Alerta, pues, Carlistas verdaderos!

Y en estos tiempos en que la unión es tan necesaria, mandad al diablo a cuantos quieran introducir divisiones y rencillas.

El gran Carlos VII dijo: «Si de todos no necesito para subir al trono de mis mayores, quizás necesite de todos para restablecer sobre sólidas e incommovibles bases la gobernación del Estado y dar fecunda paz y libertad verdadera a mi amadisima España».

Estas palabras del Duque de Madrid fueron comentadas por Aparisi y Guijarro, con estas otras:

«No se esconde, sin duda, al señor Duque de Madrid, que todo Partido, por el hecho de ser Partido, no es bueno; que hay en todos algunos hombres que aborrecen la verdad, atentos a su pasión o a su medro; y que la palabra, para quien no quiere oír, no es buena, ni brilla la luz para quienes cierran los ojos; pero el señor Duque de Madrid cree, y con mucha razón, que en esos mismos Partidos y en la masa de españoles que viven apartados de ellos, son muchísimos los de buena voluntad, que están donde están, comprometidos, equivocados o alucinados; siendo cierto que la inmensa mayoría de los hijos de esta católica España, conservan todavía, gracias a Dios, la fe de sus mayores. Pues el gran propósito del Duque de Madrid es quitar a la revolución las fuerzas que verdaderamente no son suyas, y de atraer al campo español a los que aún no han llegado a él, recelosos o adversos, o por terribles recuerdos de una guerra civil que pasó, o por viejas preocupaciones o por erradas inteligencias. Sabe muy bien el Duque de Madrid que ciertas cosas no se arreglan con palabras, pero que las palabras preparan las obras; que la opinión no es la reina del mundo, pero que es una palanca con que puede levantarse un mundo; que la revolución tiene por auxiliares a todas las malas pasiones, pero que la verdad tiene por auxiliares a los tristes desengaños y a las desgracias dolorosas; y que, en fin, la verdad es la verdad, y que si se presentan a los ojos de los

hombres, tal como es, con todo el brillo que tiene y sin exageraciones que la empañen, al fin atrae y enamora y vence a muchos».

«Sabe, en fin, el Duque de Madrid, que pues hoy la inmensa cuestión que se ventila en España y en el mundo, y la batalla que se riñe es entre el catolicismo y el racionalismo, es entre Cristo y el ante-Cristo; cuanto humanamente se puede hacer, tanto se debe hacer, para reunir en un campo a todos los que sean de Cristo, para engrosar el gran ejército que, salvando a la Iglesia Católica en Europa, restaure en Europa los Gobiernos cristianos».

«Este es el pensamiento del señor Duque de Madrid, y tal la alta empresa a que aspira. Tiempo es el nuestro de combate; pero en el mundo se guerrea con la palabra, o con la espada. Cuando la espada está en la vaina, la palabra milita; cuando se desnuda aquélla, aún ésta puede servirla. Los republicanos, por hoy, hacen lo que se llama propaganda pacífica; la hacen los alfonsistas; la hacemos nosotros; y cierto que para hacerla, podemos encontrar prudentísimas reglas en los documentos del señor Duque de Madrid. Este, sin duda, quiere que combatamos al error, donde se presente, enérgica y gallardamente, y no transijamos nunca con la mentira; pero que tengamos presente que los perversos siempre son pocos, si se compara su número con el de los alucinados y extraviados, y nunca olvidemos que éstos son hombres, y, además, españoles».

Y quien tenga alguna queja o duda, que se dirija al Caudillo, pues si tuvo paciencia para guardar dos años a «El Cruzado» ¿no ha de tenerla para oír a sus leales?

Y ahora agrégo para acabar, que si alguno o todos los de «El Cruzado» vuelven a la casa paterna, borrón y cuenta nueva, que es tanto como decir brazos abiertos y olvido de lo pasado.

Pero si siguen en su campaña, nosotros arreciaremos en la nuestra. Que es tiempo de unión y de lucha contra la revolución.

Y no ocasión de dar gusto a los infinitos enemigos de la Religión, la Patria y la Monarquía tradicional. Y solo merece el nombre de Carlista verdadero el que es leal a los principios, que no se mudan a capricho y subordinado a los Jefes, y totalmente al R.

Y mucho más cuando el R. se llama D. Alfonso Carlos de Borbón, el heróico zuavo pontificio, el ilustre general en jefe de nuestro ejército en Cataluña, Aragón y el Centro; el Presidente y fundador de la Liga antiduelista, el que ha hecho oficial la festividad de la Santa Cruz, y puesto el Sagrado Corazón presidiendo la bandera, el que convirtió su palacio en hospital de sangre durante la gran guerra; el modelo de soldados, de católicos y leales; el que ha de salvar nuestra Causa, rechazando un pacto y el que nos llevará al combate y a la victoria cuando llegue el día señalado por la Providencia.

!!!LEALTAD AL R. Y OBEDIENCIA A LAS AUTORIDADES LEGITIMAS!!!